

ANÁLISIS GINOCRÍTICO DE *ANTIGUA VIDA MÍA* DE MARCELA SERRANO

<http://dx.doi.org/10.56754/0718-4867.1502.279>

Dra. Loubna Belaarbi
Universidad Hassan II de Casablanca, Marruecos
Loubnaobel@gmail.com

Recibido el 2022-05-05
Revisado el 2022-05-26
Aceptado el 2022-07-06
Publicado el 2022-11-02

Resumen

La literatura de autoría femenina aborda la representación de mujeres dentro de sus respectivas sociedades, invitando a reflexionar sobre la situación de estas según su categoría social, cultural, económica y política; brinda, además, la oportunidad de atisbar sus problemas, sus desafíos y sus anhelos y ofrece una visión caleidoscópica sobre la condición femenina -en este caso- una imagen verosímil de la sociedad chilena a finales del siglo XX. En este artículo se propone hacer un estudio desde una perspectiva de género a propósito de la novela *Antigua vida mía* de Marcela Serrano, ya que el género es lo que define todo lo que se espera y se valora en las mujeres y en los hombres como categorías sexuales, diferenciales y pertenecientes al campo de los constructos culturales.

Palabras clave: Transición chilena, Marcela Serrano, narrativa de autoría femenina, ginocrítica, identidad femenina.

Article

GYNOCRYTICAL ANALISYS OF MARCELA SERRANO'S *ANTIGUA VIDA MÍA*

Abstract

Female-authored literature deals with the representation of women within their respective societies, inviting us to reflect on the situation of women according to their social, cultural, economic, and political categories; it provides the opportunity to glimpse their problems, their challenges, and their longing and offers a kaleidoscopic view of the female situation and condition -in this case- a plausible image of Chilean society at the end of the 20th century. This article proposes a study from a gender perspective based on the novel *Antigua vida mía* by Marcela Serrano since gender defines everything expected and valued in women and men as sexual categories, differential, and belonging to the field of cultural constructs.

Keywords: Chilean Transition, Marcela Serrano, Female-authored Narrative, Gynocritics, Female Identity.

1. Introducción

La literatura de autoría femenina pretende responder a una necesidad no saciada, puesto que una mujer recibe una educación cuyos valores son desiguales, vive sumergida en desafíos diferentes a los de un hombre, de ahí que su escritura sea diferente a la de un hombre. En sus escritos ofrece su propia visión del mundo, describiendo sus experiencias, frustraciones y sueños desde una óptica femenina, propia de una mujer, y abriendo una ventana para contemplar sus complejidades desde su propio ego.

Como lo expresa Julieta Kirkwood (1981): "Las mujeres sufren, indudablemente y en toda sociedad, un conjunto de condiciones objetivas y subjetivas de discriminación genérica que se trasluce en lo político, económico, social y cultural" (p.4). La sociedad patriarcal reduce las mujeres en roles ligados a sus atributos biológicos, le niega el derecho de *autorrealizarse* como persona, al igual que su equivalente masculino.

La situación de las mujeres ha suscitado gran interés en las últimas décadas. Se ha abordado mucho el tema del feminismo como movimiento reivindicativo de los derechos de las mujeres dentro de unas sociedades hegemónicas y patriarcales. Este tema ha sido tratado por todas las ciencias sociales, pero es en la literatura, espacio de libre expresión, donde permitió a las mujeres alzar sus voces, reivindicar abiertamente sus derechos, dando a conocer sus propias visiones del mundo, donde abunda la violencia, el abuso y la desigualdad entre sexos.

Para Marcela Serrano, una escritora chilena comprometida con la causa femenina y gran defensora de las reivindicaciones feministas: "definirse feminista es definirse ser humano" (Gallotti, 2006, p. 59). En su novela *Antigua vida mía*, una obra imprescindible dentro del ámbito de la literatura de la transición, nos brinda la oportunidad de acercarse a la sociedad chilena y a la condición de las mujeres de clase media en Chile. Como lo afirma Camilo Marx, una de las claves de explicar el éxito de Serrano como novelista reside en que sabe sobre lo que está escribiendo y no solo lo hace bien, sino que convoca con claridad y falta de afectación algunos temas que hoy rodean el acosado mundo de la mujer contemporánea, por lo que sus libros han pasado de ser más que simples libros en transformarse en hechos sociales y culturales. (Gálvez-Carliste, 1999, p. 570)

Antigua vida mía nos invita a explorar la condición de las mujeres chilenas a través de sus principales personajes femeninos Josefa y Violeta. En ella la construcción de los personajes

femeninos es especialmente compleja. Este estudio nos permitirá cuestionarlos desde una perspectiva de género, destacando en particular la construcción de sus identidades femeninas inmersas en una realidad llena de abuso, violencia conyugal y donde impera la búsqueda constante de una identidad femenina y un espacio de intimidad.

1.1. Movimientos de mujeres en la transición chilena

Todo texto literario es inherente al contexto donde brota, especialmente al tratarse de sistemas políticos que cercan la libertad de expresión como es el caso del régimen militar chileno (1973-1990), por lo que conviene hacer un acercamiento al contexto político y sociocultural chileno en el cual emerge la obra literaria de Marcela Serrano.

Desde los albores de los años sesenta del siglo pasado, precisamente con el acceso del demócrata Montalva al poder en Chile en 1964 se proyectaba "una revolución en libertad" (Sagredo-Baeza, 2014, p. 242), de modo que optó por una democratización del país priorizando las obras sociales y una fuerte inversión en el sector educacional y al mismo tiempo propiciaba las condiciones para facilitar el acceso de las mujeres a la esfera pública.

A lo largo de la historia de Chile, destaca el año 1970 por ser el más decisivo, cuando tuvo lugar el acceso al poder de la Unión Popular, una frente que aglomeraba socialistas y comunistas, representantes de la izquierda chilena precedida por Salvador Allende. Su proyecto político abogaba por el desarrollo de Chile, de suerte que adoptó medidas prometedoras cumpliendo con sus promesas electorales: reformas sociales, políticas y económicas transgresoras que ordenaron la nacionalización del hierro, del cobre y del carbón, reforma agraria y la estatización de la banca, entre otras.

A inicios del año 1973, la escena política y social ardía en Chile por la pérdida de confianza en el gobierno democrático. Un aire de decepción e insatisfacción social y política impregnaba el país ante el incumplimiento de las promesas anunciadas, palpable en los altos niveles de inflación y una alta dependencia de productos básicos desde el exterior para abastecer las necesidades nacionales, ya que, a pesar del fortalecimiento del sector industrial y minero, el sector de la agricultura seguía sumergido en la precariedad.

La implementación del régimen militar tuvo lugar el 11 de septiembre de 1973, un acto justificado por el restablecimiento del orden político, social y económico del país. El bombardeo del palacio presidencial tras el rechazo de la entrega del poder del presidente

electo Salvador Allende marcó un nuevo hito en la historia de Chile. Un largo periodo dictatorial de casi 17 años según las fuentes nacionales chilenas, un régimen militar encabezado por Augusto Pinochet, que marcó un antes y un después en la estructura política, social y económica chilenas. Una ruptura nítida con las reformas iniciadas y la implantación de un nuevo modelo de gerencia capitalista y neoliberal, como lo describe el historiador Sagredo-Baeza (2014): "un proyecto político de largo alcance y reformas estructurales que contribuyeron a cambiar de manera radical la sociedad chilena" (p. 252).

En medio de estas convulsiones políticas y económicas, las mujeres chilenas estuvieron sometidas a doble yugo: por una parte, por la estructura social patriarcal dominante y, por otra, por la opresión política.

En estos tiempos de crisis, las mujeres se han convertido en agentes garantes de la estabilidad social, el hecho de responder al estereotipo de mujer abnegada ante la inequidad y la injusticia sociales. La explotación económica a bajos salarios en el tejido económico chileno de la época para responder a las necesidades de sus familias, convirtió a las mujeres en "el sostén económico de la dictadura" (Valdés, 1987, p. 8-9), que proyectaba la imagen de mujer -madre- esposa abnegada, como modelo a imitar a través de los medios de comunicación y hasta en los discursos oficiales halagadores. Hay que resaltar el rol adiestrador de las organizaciones estatales, que animaban charlas e impartían cursos para difundir y normalizar la sumisión y el relego femeninos (Valdés, 1987, p. 12).

No obstante, muchas mujeres refutaron desempeñar este rol designado y se organizaron - desde 1973- en colectivos de familiares de víctimas del golpe militar, una sucesión de coaliciones y organizaciones surgidas de la precariedad y la necesidad de apoyo y colaboración social y económica. Un sinnúmero de iniciativas a lo largo de los años de dictadura forjaron el camino para el surgimiento de organizaciones sociales femeninas opositoras del régimen dictatorial (Valdés, 1987, p. 13).

Pese a la dificultad de las condiciones que les rodeaban, las mujeres chilenas pudieron convertirse en un agente social activo para el cambio y una fuerza motora e impulsora para el restablecimiento del sistema democrático gracias al despertar de conciencia acerca de su condición subalterna dentro de la sociedad.

La estructura social patriarcal en Chile enfocada en una nítida diferenciación entre los roles de género atribuidos, el sesgo androcéntrico y la exclusión sistemática de mujeres del poder en base a su sexo dificultaron la visibilidad femenina y aminoraron su merecido reconocimiento por su labor, empeño y perseverancia a lo largo de la historia de Chile.

María Elena Valenzuela (1993) sostiene que los partidos políticos no adoptaron la igualdad, un hecho que dificultaba la accesibilidad de las mujeres al poder, ejerciendo plenamente su papel en la democratización del país. Afirma, por otra parte: "el feminismo es todavía percibido por vastos sectores como movimiento anti-hombres, que no interpreta la mayoría de las mujeres" (p. 349).

El periodo de transición chilena, emprendida por el gobierno de Patricio Aylwin tras el plebiscito de 1988, radica en una reorientación paulatina hacia la vía democrática para clausurar un largo y doloroso capítulo de la historia chilena. La desigualdad era el elemento caracterizador de la dictadura como de la transición chilenas, una regresión significativa que no se restringe al ámbito económico y político, sino que lo trasciende al mundo cultural y literario.

El colectivo de mujeres era un agente activo dentro de las movilizaciones anti-dictatoriales, de modo que adquirieron un notable peso en el escenario social y político, lo que propició visibilizar el tema de las diferencias de género durante el periodo dictatorial y que denunciaba la discriminación en base al sexo.

En los años ochenta se produjo un despertar de conciencia feminista en Chile, cuya figura más representativa era la escritora y profesora Julieta Kirkwood. Un movimiento feminista que abogaba por integrar al colectivo feminista en las demás luchas de liberación social y desempeñar un rol activo dentro del ámbito político chileno. En este contexto, Gabriel Salazar y Julio Pinto (2002, p. 197) sostienen que a partir del golpe militar el movimiento feminista chileno pasó por tres etapas decisivas:

- La primera resistencia global a la dictadura (1973-1989).
- La participación en el proceso de transición (1984-1993).
- La adaptación al proceso de globalización neoliberal (1983-2001).

Durante la transición, el movimiento feminista se enfrentó con gran rechazo dentro de los partidos políticos como en el seno de las instituciones gubernamentales a pesar de ser un agente activo durante las movilizaciones anti-dictatoriales. Una marginalización sistemática de los colectivos feministas que favorecía la adopción de una imagen tradicional femenina, un modelo de mujer- esposa ligada a la imagen de líderes políticos (Valenzuela, 1993, p. 349).

A pesar del despertar de conciencia feminista surgido en Chile en los años ochenta, las estructuras sociales y políticas no propiciaban avanzar con el debate público sobre los problemas de género. De hecho, la sociedad patriarcal chilena no avalaba el nuevo modelo de mujer, siendo una sociedad tradicional que en su mayoría asociaba el feminismo con la aversión hacia el sexo masculino. De ahí que no le concedían la legitimidad necesaria para representar a todas las mujeres.

1.2. Teoría y crítica literaria feminista: ginocrítica de Showalter

La literatura tiene una fuerza motora, capaz de producir y reforzar estereotipos, imágenes de mujeres, y fijar roles y jerarquías sociales; un proceso de naturalización que perpetúa tales constructos culturales.

La teoría literaria de Showalter "propone redescubrir las escritoras y redefinir el concepto de género dentro de los géneros literarios" (Moi, 2017, p. 66). Showalter hace una distinción entre la crítica literaria feminista que tiene como enfoque de estudio el análisis e interpretación de las obras de autoría masculina, orientada a la mujer lectora, textos literarios que plasman la propia visión y concepción masculina de la vida y emociones femeninas, carente de todo aporte significativo para el público femenino (Golubov, 2017, p. 45), y la crítica literaria feminista enfocada en las mujeres escritoras, obrando un análisis de la representación de los personajes femeninos dentro de sus obras. Por esta razón introduce un nuevo concepto que denomina *ginocrítica*, que pone bajo punto de mira la creatividad femenina, una nueva perspectiva para estudiar las mujeres como productoras del texto literario, Golubov (2017) subrayaba en este aspecto:

Las mujeres como escritoras, y sus objetos de estudio son la historia, los estilos, los temas, los géneros y las estructuras de la escritura femenina; la psicodinámica de la creatividad femenina, la trayectoria individual o colectiva de las carreras de las mujeres y la evolución, así como las leyes de la tradición literaria femenina. (p. 45-46)

La ginocrítica tiende a sumergirse en la feminidad, las representaciones y las vivencias femeninas plasmadas en los trasfondos literarios, cuyo campo de investigación abarca imágenes, temas, estructuras y géneros. La ginocrítica nos presenta una alternativa de estudio literario frente al androcéntrico, resaltando las especificidades de la escritura femenina, una reclamación de una literatura creada por mujeres para ofrecernos sus perspectivas, anhelos, dolencias y frustraciones. Un llamamiento para replantear el canon literario basándose en cuatro modelos de diferencia: el biológico, el lingüístico, el psicoanalítico y el cultural (Gómez-Redondo, 2008, p. 414). Son cuatro modelos diferentes cuyas tendencias para evidenciar las diferencias que presenta la escritura femenina, representando cada una de ellas una concepción feminista distintiva según los textos o métodos que adopte (Showalter, 1981).

En su obra *Literature of their Own* publicada en 1977, Elaine Showalter trazó las grandes líneas de una cronología de la escritura femenina, segmentada, según ella, en tres etapas históricas:

- Una fase femenina de las creaciones literarias de autoría femenina que perpetuaban el modelo patriarcal hegemónico en el ámbito literario, plasmando a los personajes femeninos como acompañantes de los protagonistas masculinos que acaparan las escenas literarias a través de su elocuencia y racionalidad, frente a personajes femeninos secundarios que raras veces toman la palabra para expresar sus opiniones.
- Una fase feminista caracterizada por la protesta y reclamo femeninos, donde las protagonistas de las obras literarias son mujeres independientes y seguras de sí mismas que alzan la voz para reivindicar sus derechos como ciudadanas, mujeres que pudieron tomar conciencia de la situación de relego y alienación, que padecían por pertenecer al otro sexo.
- Una fase de mujer, donde la mujer -superada su reivindicación de igualdad y equidad- pasa su foco de interés en las creaciones literarias de autoría femenina y especialmente las que retratan la condición femenina (Pacheco-Acuña, 2005, p. 260).

Cabe resaltar que Elaine Showalter matizaba en su propuesta de periodización de la escritura de autoría femenina que dichas fases podrían repetirse, ir superponiéndose, al tomar un ritmo y una adaptabilidad individual, por lo que cada escritora las explora a su propia manera (Pacheco-Acuña, 2005, p. 262).

1.3. La narrativa chilena escrita por mujeres: El caso de *Antigua vida mía* de Marcela Serrano

En aras del Golpe de Estado de 1973, el mundo cultural y literario chileno se hundió en el abismo. Una marginalización estatal sistemática inducida para desprestigiar este ámbito tan elogiado en las épocas anteriores de la implementación de la dictadura. Con el objetivo de acallar a los disidentes del discurso hegemónico instaurado, la mayoría de los actores en la escena cultural y literaria chilena fueron encarcelados, desaparecidos, exiliados o muertos.

Tras la restauración de la dictadura, hubo un largo periodo de silencio literario interior absoluto, puesto que en el periodo comprendido entre 1974 y 1982 se calcula que se publicaron a nivel nacional 88 libros de poesía y 47 novelas (Calderón, 1994, p. 105).

En medio de estas convulsiones políticas, económicas y sociales, la literatura escrita por mujeres chilenas se hizo eco en el escenario literario chileno. La narrativa escrita por mujeres en este periodo abordaba temas relacionados con el cuerpo, el hogar, la sexualidad y la maternidad, adoptando la perspectiva de género. El ingreso de la mujer al mundo literario fue un logro bien merecido gracias a su talento, empeño y perseverancia. En la escena literaria chilena resalta el nombre de Mercedes Marín del Solar como primera mujer precursora de la literatura de autoría femenina (Doll-Castillo, 2014, p. 23). A lo largo de la historia de las letras chilenas, cinco mujeres fueron galardonadas con el Premio Nacional de Literatura: Gabriela Mistral en 1951, que anteriormente, en 1945 obtuvo el premio Nobel de literatura, Marta Brunet en 1961, Marcela Paz en 1982, Isabel Allende en 2010 y Diamela Eltit en 2018.

Actualmente, una de las escritoras más destacadas en el escenario literario chileno e hispanoamericano es Marcela Serrano. Entre sus publicaciones cabe mencionar su primera novela *Nosotras que nos queremos tanto* publicada en 1991 gracias a la cual ganó el premio Sor Juana Inés de la Cruz, *Para que no me olvides* (1993), *Antigua vida mía* (1995), *El albergue de las mujeres tristes* (1997), *Nuestra señora de la soledad* (1999), *Lo que está en mi corazón* (2001), *Hasta siempre, mujercitas* (2004), *Diez mujeres* (2011), entre otras.

La novelista chilena nació en Santiago en 1951 y pertenece a una familia de tradición literaria. Licenciada de arte por la Universidad católica de Chile, su ingreso fue tardío al mundo literario, ya que publicó su primera obra a la edad de 38 años a pesar de su temprana vocación literaria. Tras el golpe militar en 1973, se vio obligada a exiliarse debido a su pasado

ligado a la militancia izquierdista, un dato que marcará su vida y dejará su impronta en todas sus publicaciones. En 1977 volvió a instalarse en Chile.

Serrano se confiesa obsesionada con la historia de Chile, por lo que intenta ilustrar sus novelas partiendo de estos datos históricos, una especie de recordatorio a la juventud chilena, para que tengan siempre presentes los acontecimientos que marcaron las estructuras política, económica y social chilenas. Dicho con sus propias palabras:

Es una historia obsesionante de la cual no hay cómo salirse. Entonces no es raro que mis novelas estén marcadas por esa historia, pero esto ha sido además intencional. Yo quise contar pedazos de esa historia por el miedo que tengo de que mis compatriotas la olviden. (Mafla-Bustamante, 2000, p. 152)

Comprometida con la lucha feminista, las mujeres son las protagonistas de todas sus creaciones literarias, por lo que Cecilia Mafla-Bustamante (2000) considera que la perspectiva de género es imprescindible a la hora de escribir, ya que no podría escribir desde la neutralidad, y afirma que: "Yo no tengo ningún problema en ser la única mujer en América Latina –porque todas mis demás compañeras no están de acuerdo– que escribe desde este espacio que significa ser mujer. Ese es mi lugar y quiero dejarlo claro" (Mafla-Bustamante, 2000, p. 164).

1.4. Las fases literarias según la ginocrítica de Showalter en Antigua vida mía

El texto objeto de nuestro trabajo corresponde a la categoría de literatura femenina y feminista, cuya autora es una mujer y los personajes protagonistas son ambas mujeres, una obra dirigida a lectores de ambos géneros al tratar temas recurrentes en la realidad social chilena y latinoamericana. No obstante, presenta el mundo desde la óptica de una mujer haciendo esbozo de sus propias vivencias, experiencias y frustraciones.

La novela es una obra feminista que denuncia la injusticia, el abuso y el maltrato de las mujeres, una reivindicación de su inconformidad y su rebeldía contra el canon literario vigente. Presenta elementos distintivos de la segunda fase feminista y de la tercera fase de mujer según la periodización de Elaine Showalter quien establece la diferencia entre la crítica feminista y la ginocrítica; un concepto que acuñó para referirse al área de estudio de obras de mujeres escritoras, una aproximación que pone de relieve aspectos como: la historia, los temas, el género y la estructura narrativa.

La fase feminista en *Antigua vida mía* se hace evidente en el espíritu impetuoso y liberador que fundamenta la obra, una denuncia constante de la injusticia y de la precariedad de la condición femenina durante la transición democrática chilena, que no pudo plasmar sus principios de igualdad y equidad en la realidad social y familiar chilenas. A lo largo de la novela proliferan las críticas a la modernidad adoptada, un auge económico que no trasciende al campo cultural y educacional. Hasta 2004, en Chile no existía ninguna ley para el divorcio considerado entonces como un atentado contra la estabilidad familiar y social, un tema tabú debido a convicciones religiosas y presiones de la iglesia. La autora critica también al modelo neoliberal implantado que incitaba al arribismo y ensanchaba las brechas sociales y educativas mediante la privatización de la educación, acabando drásticamente con el derecho de accesibilidad en condiciones igualitarias al saber.

Serrano, a través de su obra literaria, incita a las mujeres a revelarse contra su condición, a tomar conciencia, dejar de ser inertes ante la hegemonía y la misoginia, abriendo el abanico de alternativas ante la hostilidad y la opresión patriarcal, que podrían ser senderos individuales para encontrar la salvación y el bienestar. Los temas que aborda son temas femeninos por excelencia: la identidad femenina, la maternidad, la violencia conyugal y sus impactos sobre la salud física y psicológica de la mujer.

Otro elemento caracterizador a lo largo de *Antigua vida mía* es la creación de espacios utópicos femeninos que sería en este caso, el último bosque en Antigua, donde la protagonista encuentra refugio, donde pudo curar sus heridas lejos de la modernidad chilena, impregnada con la falta de solidaridad e infelicidad. La escritora no es neutral, ya que parte de su postura como mujer y ciudadana chilena al denunciar el modelo neoliberal en general y la opresión femenina desde un contexto social y cultural que no abarcaba la modernidad que enorgullece a la mayoría de los chilenos.

En lo que se refiere a la tercera fase de mujer, la escritora incita al despertar conciencia de las mujeres para que alcen la voz partiendo de sus experiencias femeninas, a la sororidad para superar la opresión y la alienación. Una crítica aguda a la modernidad chilena que se llevó todos los valores éticos y morales de la sociedad chilena, que era solidaria, revolucionaria y feliz. El concepto de la felicidad adquiere gran envergadura para la autora, ya que afirma que con la voracidad del consumismo y de la producción masiva, los chilenos ya perdieron la felicidad, reemplazándola por un sentimiento de irritación permanente.

A lo largo de la obra, abundan las alusiones al cuerpo femenino como objeto sexuado para el goce masculino, un mero depósito de las descargas sexuales de un cónyuge egocéntrico y mal tratador. El tema de dicotomía entre la vida profesional y la vida familiar, en especial la faceta de mujer-madre, es abordado de tal modo que evidencia a las protagonistas femeninas vulnerables ante sus hijos, por lo que se sienten culpables al luchar por el éxito profesional, priorizado al lado familiar, haciendo palpables luchas internas repletas de emociones profundas que atormentan la psique femenina. Los hijos atan a las madres y les privan de explorar su plena libertad.

Josefa es la voz narrativa, una voz homodiegética que participa en la trama literaria en calidad de protagonista, al mismo tiempo, como testigo al hacer eco de las palabras de Violeta a través de sus diarios. La protagonista narra los hechos en primera persona a lo largo del relato, un yo femenino omnipresente en una constante búsqueda de identidad y armonía.

La autora recurre en diversas ocasiones al uso de un paralelismo de voces femeninas *Nosotras las otras* (91, 147, 161, 163, 184, 365), especialmente en contextos de sororidad para dar fuerza y ánimo a los personajes femeninos, una polifonía de mujeres predecesoras: madres, abuelas y bisabuelas muertas, que ayudan y orientan a las mujeres y al mismo tiempo confieren un aire de misterio y confusión, un elemento intencionado, para que el lector se sienta atrapado para averiguar ¿quiénes eran esas voces?

Los temas recurrentes son: la violencia conyugal, el abuso, la infidelidad, la soledad, la nostalgia, la modernidad, la sororidad y la identidad femenina. Hilos temáticos que se complementan para ofrecernos una visión caleidoscópica sobre las condiciones de vida de las mujeres en Chile durante el periodo de la transición. Nos presenta personajes femeninos independientes, inteligentes, pacientes y protectoras.

Es importante hacer una aproximación al contexto social y cultural de una obra literaria para descifrar sus mensajes. Como se ha señalado anteriormente, las mujeres chilenas estaban en condición de subyugo dentro de una sociedad patriarcal androcéntrica, una opresión social y cultural asumida a la política. Un panorama efervescente cuyo lema era la modernidad. A juicio de Serrano, "una modernidad coja" (Torres-Cautivo, 1995, p. 60), que si bien es atribuible al ámbito económico no es asumible en el aspecto cultural. Como señala la propia

autora en una entrevista, Chile sigue siendo un país subdesarrollado culturalmente (Torres-Cautivo, 1995, p. 60).

La obra pone de manifiesto las dolencias, luchas, avatares e inquietudes femeninas. Un efecto espejo de la sociedad chilena y la realidad en que yacían sus mujeres. Violeta, una mujer generosa, amorosa y que lleva la vida con sencillez, ha superado una vida difícil, repleta de dolores, abandonos, pobreza y maltrato. En cambio, Josefa es una mujer exitosa, una cantante reconocida a nivel internacional y tiende, no obstante, a la soledad y padece una aguda inseguridad. Las protagonistas de la obra son personajes independientes, perseverantes y luchadoras, que pudieron superar todos los estragos que enfrentaron en sus vidas, una lucha constante para la liberación y la armonía.

La historia del texto literario gira en torno a la permanente búsqueda de la existencia y esencia femeninas, una constante alusión a *Nosotras*, a la saga de féminas a través de cuatro generaciones: las madres, las abuelas y las bisabuelas. Una apelación para descubrir la esencia y ser femeninos, para dar cabida a todo lo que contribuye en la construcción del yo femenino. En palabras de Violeta:

"Mujer es la historia de sus actos y pensamientos, de sus células y neuronas, de sus heridas y entusiasmos, de sus amores y desamores. Una mujer es inevitablemente la historia de su vientre, de las semillas que en él fecundaron, o no lo hicieron, o dejaron de hacerlo, y del momento aquél, el único en que se es diosa. Una mujer es la historia de lo pequeño, lo trivial, lo cotidiano, la suma de lo callado. Una mujer es siempre la historia de muchos hombres. Una mujer es la historia de su pueblo y de su raza. Y es la historia de sus raíces y de su origen, de cada mujer que fue alimentada por la anterior para que ella naciera: una mujer es la historia de su sangre.

Pero también es la historia de una conciencia y de sus luchas interiores. También una mujer es la historia de su utopía." (Serrano, 2005, p. 19)

Los personajes femeninos son los que acaparan la palabra a lo largo del relato, manteniendo en la sombra a los personajes masculinos. Aquí, las mujeres expresan sus opiniones, presentándonos el mundo desde sus propias perspectivas y siempre en primera persona, desde un *yo* femenino inmerso en una búsqueda incesante de su propia identidad. Una constante presencia y elocuencia femeninas, que marginaliza al elemento masculino; una ruptura nítida con el canon literario hegemónico, donde la mujer aparece como respaldo, acompañante al protagonista masculino que acapara las escenas de la trama y nos

transmiten esa imagen estereotipada de mujer sumisa que cumple con los mandamientos dictados por su pertenencia al género femenino.

La estructura de la novela no es lineal, es un planteamiento que nos presenta la vida de los personajes de forma fragmentada, de modo que vamos percibiendo el mensaje a medida de avanzar con la lectura, lo que confiere un aire de fluidez y una cierta particularidad al desvelo paulatino y gradual de los puntos nodales de la novela. La autora nos lleva en el recorrido literario, circulando libremente entre los escenarios sin limitaciones temporales o espaciales. El aire de suspenso se apodera del lector desde las primeras páginas, una ávida pesquisa para averiguar: ¿quiénes son *nosotras*? Esa voz consoladora, que apoya y sostiene a las féminas de la obra.

A lo largo de su novela, la autora nos lleva en un recorrido retrospectivo recorriendo la infancia de sus personajes protagonistas femeninos. Violeta es una mujer de procedencia familiar pobre que guardaba rencor a su madre por haberla abandonado para ir con su novio como militante de la guerrilla armada en Antigua, un choque emocional que dejó su impronta en el acontecer de su vida.

Violeta era víctima de una constante violencia conyugal: "La Agustina y yo somos lo mismo: la mujer depósito [...] Esta noche he sido ocupada por mi marido" (Serrano, 2005, p. 87).

Un objeto sexual que servía para satisfacer las necesidades de su esposo. Se consideraba una mujer depósito, espacio de desahogo sexual y emocional masculinos sin tomar en cuenta sus necesidades, deseos y aspiraciones.

1.5. La identidad femenina en Antigua vida mía

A través de los personajes femeninos en *Antigua vida mía*, Serrano nos traza los elementos constitutivos de la identidad femenina, un cúmulo de historias, vivencias y experiencias:

"Una mujer es la historia de su pueblo y de su raza. Y es la historia de sus raíces y de su origen, de cada mujer que fue alimentada por la anterior para que ella naciera: una mujer es la historia de su sangre" (Serrano, 2005, p. 19).

Por ende, la identidad femenina se expresa en su pluralidad y se construye en base a datos biológicos, históricos, lingüísticos y personales, entre otros.

La escritora recalca a lo largo del relato una identidad femenina construida en base a su relación con el otro. Violeta, como protagonista, había optado por abandonar su carrera y su sueño de ser arquitecta para apoyar a su marido Gonzalo para que pueda hacer realidad sus propios sueños como artista: "*No tenía sueños propios; soñaba y trabajaba para él*" (Serrano, 2005, p. 42).

Otro elemento de suma importancia para la construcción de la identidad femenina es el concepto de la intimidad, la necesidad de crear lazos con el otro, llegar a la total sinceridad para poder desahogarse las penas: "*¿Sabes, Josefa, lo que es vivir sin intimidad?*" (Serrano, 2005, p. 65), por lo que el afecto y la afinidad humana son elementos imprescindibles para la formación de una identidad femenina. Las mujeres necesitan compartir, discutir y sentirse parte de un colectivo, necesitan escuchar y ser escuchadas.

La sororidad femenina es otro elemento clave en la novela, la amistad entre Josefa y Violeta, una relación cercana y sólida a pesar de sus diferencias, basada en la confianza y en la afinidad. Ambas mujeres disfrutaban de la soledad, por lo que estaban en una permanente búsqueda de espacios personales para florecer: "*compartíamos el deseo de soledad. La soledad física. A medida que pasaban los años la valorábamos más, como si su carencia impidiera todo florecimiento*" (Serrano, 2005, p. 20). A pesar de que toda sociedad patriarcal -como la chilena- inculcaba a las mujeres desde temprana edad el miedo a la soledad, como lo expresa Josefa: "*¿Sabes, Javier, que a nosotras las mujeres nos han enseñado a temerle a la soledad?*" (Serrano, 2005, p. 331).

Marcela Serrano nos presenta a Violeta como un personaje femenino ávido de sentir pertenencia, cosa que le faltaba en relación con Chile, se sentía fuera de lugar, de modo que lo expresa con lo siguiente: "*la verdad Josefa, es que ya no me siento en mi hogar en este mundo*" (Serrano, 2005, p. 75). Un vacío y un quiebre identitario que inducirá en la búsqueda de otros espacios para recuperar su propia identidad perdida. En su viaje a Antigua en Guatemala, ese espacio mitificado al que alude como *el último bosque*, pudo recuperarla. En palabras de Violeta: "*Antigua me ha devuelto mi identidad de mujer, tan perdida entre los últimos avatares*" (Serrano, 2005, p. 221). Encontrar este espacio de humanidad que tanto buscaba, un espacio que tanto echa en falta nuestra escritora. La voracidad de la modernidad actual lleva a la extinción de espacios sagrados o metafóricos liberadores (Mafla-Bustamante, 2000, p. 162).

En su proyección de la crisis identitaria femenina, Serrano se focaliza en criticar los estragos que la modernidad chilena proporcionó a mujeres como Violeta. Un éxito económico con grandes alzas de desarrollo anuales, elementos que desataron el consumismo y al mismo tiempo erradicaron la felicidad, "*llevando a su población a punto de explotar*" (Mafla-Bustamante, 2000 p. 154). Un dato trascendental para entrever la amplitud de la insatisfacción femenina y su sentido de no-pertenencia e impotencia ante tan voraces y acelerados cambios que tendían a anular sus lazos geográficos, históricos y culturales, considerados estigma para la nueva elite dirigente.

En *Antigua vida mía*, la autora plantea la salvación individual como vía de escape, la búsqueda personal de un espacio para curarse las heridas, para resucitar y tener una nueva vida, que sería aquí la segunda vida que presagió la vidente (Serrano, 2005, p. 198). Ante la imposibilidad de seguir soñando en términos de la revolución anteriormente llevada a cabo en Chile, la pérdida de confianza en el poder y el peso que supone el formar parte de colectivos sociales o políticos, Violeta decide explorar su nuevo sendero liberador y consolador lejos de la modernidad, busca refugio en el *último bosque* de Antigua; un autoexilio impulsado por la drástica pérdida de valores que caracterizaba la sociedad chilena durante aquella época, como bien lo expone Serrano:

"«El último bosque»: El no lugar, ése en su conciencia, aquel espacio para la solidaridad que su mente empieza a fabricar por el deseo de no perder los sueños.

—No es un lugar a alcanzar, Josefa. Es sólo la fuerza para salir de la inmediatez. Si ya no existe la gran ética, quisiera que el último bosque fuera mi pequeña ética personal." (Serrano, 2005, p. 51).

Un camino individual determinante para una mujer que no pudo tolerar la opresión: "caminos de salvación individual cuando lo colectivo ya no es respuesta" (García-Corales, 1997, p. 230).

La maternidad se impone como elemento básico para la construcción de la identidad femenina, a través del personaje de Violeta que percibe el embarazo como matiz femenino que coloca a la mujer en la categoría de diosa por su capacidad de dar vida, elemento caracterizador del ser y del cuerpo femenino: "*Violeta supo que estaba embarazada y se consideró a sí misma una reina y a su hija una elegida de las diosas*" (Serrano, 2005, p. 45).

La maternidad ata a las mujeres y limita sus horizontes. Las mujeres se sienten intercaladas entre sus ambiciones, responsabilidades profesionales y sus obligaciones como madres. De un lado, tienen miedo de abandonarlos y, por otro lado, los perciben como obstáculo o perturbación, de modo que perviven con la culpabilidad por la opacidad de estas emociones. En palabras de Josefa:

"Mi relación con los niños está siempre a medio filo, siempre ando zafándome de ellos para poder trabajar, y siempre adentro de la casa porque no puedo sin ellos. He optado por la presencia permanente porque le tengo miedo al abandono. ¿Cómo es posible que lo que más amo se convierta en lo que más perturba mi cotidianeidad?" (Serrano, 2005, p. 66).

Serrano sostiene la vulnerabilidad de las mujeres antes sus hijos, un hecho físico, esencial y configurador de la identidad femenina, en palabras de la autora en una entrevista:

"Al final somos esencialmente madres, porque somos físicamente madres: somos nosotras las que parimos y eso es una fuerza que también, así como existe según Freud la envidia del pene que no me cabe duda de que también es cierto, tiene que generar en los hombres la envidia porque seamos nosotras quienes damos la vida." (Guardia, 1997, p. 2).

1.6. La violencia conyugal en Antigua vida mía

La violencia conyugal es un tema nodal en la obra de Serrano, un *leitmotiv* que pavimenta toda la trama literaria. Es un atentado contra la integridad física, sexual, económica y psicológica de las mujeres.

La vida del personaje de Violeta Dasinski está marcada por el abuso y la violencia conyugal, vejaciones que le empujaron al abismo, a la fatídica decisión de matar a su marido, como lo agudizó violeta en sus diarios: "*El abuso mata algo muy valioso: la misericordia*" (Serrano, 2005, p. 129).

Serrano nos presenta a Eduardo como el arquetipo de hombre chileno patriarcal y egoísta, que prioriza sus propios intereses, aunque fuera a costa de engaños. El pacto matrimonial entre Violeta y Eduardo partía en base a un intercambio mutuo. Eduardo estaba, por su parte, inmerso en una crisis de escritura, buscando una estructura doméstica que le propicie su tarea de escribir su gran novela, en palabras de Josefa: "*Cree que lo único que le permitirá escribir su gran novela serán una casa y una mujer. Una estructura doméstica sobre la cual pueda descansar y crear*" (Serrano, 2005, p. 50). No obstante, lo único que exigía

Violeta a cambio era la maternidad, una maternidad tan añorada por profundas ansias de brindarle a su hija Jacinta una vida diferente a la suya para que no se identifique con su madre como hija única y solitaria: "*Tú quieres casa, yo la tengo. Quieres esposa, yo puedo serlo. Quieres estructura, puedo dártela. Sólo pido a cambio un hijo*" (Serrano, 2005, p. 51).

El personaje de Violeta estaba sujeto a violencias de toda índole: psicológica, física, económica y sexual. Desde el inicio de la relación entre ambos, Eduardo se autoproclamó jefe de la familia, se apoderó de la casa, del cuerpo y de los fondos económicos de su mujer, convirtiéndose en el amo y Violeta en la esposa sumisa y abnegada: "*Aquí el intelectual soy yo*», me advirtió. *Supongo que sólo puede haber uno para que la pareja marche*" (Serrano, 2005, p. 78).

Un modelo de masculinidad que buscaba demostrar su poder a través de la *domesticación* de su mujer, dominarla y someterla abusando de ella emocional y sexualmente. Una amalgama de estrategias de opresión agresivas que encaminaban la auto-depreciación y destrucción emocional de Violeta, minimizando su rol en la vida conyugal a un mero objeto de placer, como confiesa el mismo Eduardo: "*Te odio por tu fortaleza [...] y te amo por eso*" (Serrano, 2005, p. 88).

El personaje de Eduardo muestra misoginia y desprecio a todo esfuerzo de su mujer, sea intelectual o hasta en la ejecución de sus deberes domésticos, llevándola a la desesperación y hasta a una aguda confusión identitaria, por lo que confiesa: "*Se me confunde mi ser doméstico con mi ser sexual y no sé cuál soy, como si estuviesen tan reñidos que no me reconozco en ambos simultáneamente. Algo debe andar mal*" (Serrano, 2005, p. 84).

La violencia psicológica se hace palpable a través de las repetidas escenas de acoso e ignorancia emocional de Violeta, una frialdad constante de su marido que no respondía a las expectativas de ternura que proclamaba, como personaje femenino sensible marcado por el abandono y la desolación desde temprana edad, por lo que abundan las escenas que evidencian este dato como: "*Me hace callar*", "*Eduardo como todo hombre, un total egocéntrico*", "*A Eduardo no le cuesta mucho reírse de mí*" (Serrano, 2005).

El miedo y el terror caracterizaron la vida de Violeta, un personaje antes vivaz, responsable y creativo que Eduardo no escatimó esfuerzos para apagar al mermar su dignidad, como bien lo expresa Josefa:

"Y la dignidad de su ser femenino era una parte importante del juego y de la luminosidad. Cada día vivido al lado de Eduardo fue una manera de vulnerar esa dignidad. Ella lo sabía. La luz decrecía. No se perdonó a sí misma esa entrada a las tinieblas." (Serrano, 2005, p. 109)

Las muestras del miedo que infundía Eduardo en Violeta abundan a lo largo de la obra, un terror a sus reacciones violentas por toda conducta, por lo insignificante que fuera: "*Avísale tú, me atrasé tanto, Eduardo se va a enojar*", "*Eduardo se va a poner nervioso, lo conozco*", "*Llámale tú, Josefa, yo no me atrevo. Me va a retar*" (Serrano, 2005).

La violencia sexual es la que protagoniza la obra, aquí habrá que enfatizar un aspecto de suma importancia que sería la propia percepción social de la relación sexual en el marco conyugal. La sociedad chilena, como toda sociedad patriarcal, sostiene que el cuerpo femenino es propiedad del cónyuge y que los hombres tienen necesidades sexuales incontrolables que las mujeres deberían atender sin tomar en cuenta su predisposición o preparación emocional o física. (Galindo, 1999, p. 40). A tenor de esta visión, las mujeres carecen de deseos sexuales y su conducta debería encajar en el marco del estereotipo de mujer-esposa abnegada y sumisa. La relación de Eduardo y Violeta corresponde a la perfección con esta doctrina, de modo que asistimos a la reducción del personaje femenino en un objeto sexual depósito de las descargas de placer de su marido, de ahí que abundan las alusiones al cuerpo femenino como *mujer depósito*: "*Una vez más he sido el depósito de Eduardo, una vez más me ha tomado y me ha dejado*". (Serrano, 2005, p. 79).

"La Agustina y yo somos lo mismo: la mujer depósito. Todo lo líquido se deposita en nosotras, el semen y el sudor. ¿Serán líquidas las penas? Deben serlo, como el agua del feto, como la sangre, como las lágrimas". (Serrano, 2005, p. 86)

A lo largo de la novela, se presenta a un personaje femenino rebelde que intenta oponerse a las *ocupaciones* sistemáticas de su cuerpo por su marido. No obstante, el marido mantiene una reacción que encaja en el modelo patriarcal que adoptó desde el inicio de la relación:

"Yo estaba muy cansada, le dije que al día siguiente, que quería dormir. Se quedó en el escritorio, enojado, y yo me vine a acostar. [...] Me despertó, venía con trago. [...] Quiso hacer el amor, le dije que no debíamos. Se puso obsceno, tú sabes... Luego, muy violento... —a Violeta le temblaba la voz, iba soltando las palabras con dificultad, con vergüenza [...]. Se enfureció". (Serrano, 2005, p. 125)

La osadía de Violeta, al rechazar cumplir con sus deberes maritales, conlleva en muchas ocasiones a la violación de esta: "me violó" (Serrano, 2005, p. 53), "*Siempre he tenido claro que el género humano es perverso, Viola querida*" (Serrano, 2005, p. 54). Una prepotencia machista que niega a las mujeres el derecho de decidir sobre sus cuerpos, la trata como objeto sexual sin tomar en cuenta el principio de igualdad en plano sexual.

La trama literaria tiene un final fatídico para Eduardo, Violeta mata a su esposo de un tiro:

"La complejidad de la construcción de la identidad femenina podría razonar la decisión de Violeta, la amenaza de violar a su hija Jacinta por su padrastro desembocó en el asesinato de Eduardo. Violeta aguantaba el desprecio, el abuso y la violación de su marido porque aspiraba a quedar embarazada, cumplir su sueño de maternidad que muchas veces se preguntaba si merecía la pena: "Quizás es un alto precio que estoy pagando por una maternidad." (Serrano, 2005, p. 88).

Pese a esto, acechar el peligro a su hija irrita el instinto de maternidad, un impulso que cesara en violeta el latido de la piedad. Ante la negativa de Violeta de atender a las exigencias sexuales de Eduardo, por el peligro que suponía todo acto íntimo sobre la vida del feto que tenía en sus entrañas, violeta tomó la decisión de acabar con su vida: "*Iba a violar a Jacinta*" (Serrano, 2005, p. 196), una decisión pródiga, así que: "*Violeta mata por la vida*" (Serrano, 2005, p. 195).

Cabe señalar aquí que la configuración del ser femenino tiende a ser más pacífica y pródiga. No obstante, cuando se trata de herir o dañar a sus seres queridos, se desvela otra faceta, como bien lo expresa la voz narrativa de violeta:

"La diferencia entre los delitos de hombres y mujeres es que los hombres matan por robo, por peleas callejeras, por alcohol, y sus víctimas son casi siempre personas que nunca vieron antes ni supieron de ellas. Las mujeres, en cambio, no matan a alguien ajeno a sus sentimientos. He conversado con ellas y no he sabido de ninguna que haya asesinado a un desconocido. Ellas matan amantes, hijos, maridos... sólo lo que han amado. No soy ninguna excepción." (Serrano, 2005, p. 199)

2. Conclusión

En nuestro estudio, hemos llevado a cabo una aproximación a la literatura y sociedad chilenas, particularmente en la novela de autoría femenina *Antigua vida mía* de Marcela Serrano.

En esta novela preconiza el carácter experimental de la autora tiende a un cierto intimismo, el uso de la primera persona del yo femenino y un nosotros que corresponde a la saga de cuatro generaciones de féminas. Una retrospectiva de sus propias pericias como mujer abordando temas como la maternidad, el abuso, la sexualidad y la sororidad, temas recurrentes en la obra. Una ventana al mundo femenino desde la propia mismidad. Un elemento apelativo a la asunción de la identidad femenina al ser mujer y madre.

La obra de Marcela Serrano es protagonizada por dos mujeres; los dos personajes femeninos llevan una cierta carga semántica para la identidad femenina chilena. Con el nombre de Violeta rinde homenaje a la célebre cantautora y poeta chilena Violeta Parra; y con su personaje de Josefa se ha inspirado de la exitosa cantante chilena Myriam Hernández (Torres-Cautivo, 1995, p. 60).

Marcela Serrano siempre ha asumido escribir desde la feminidad, planteando sus creaciones literarias desde la perspectiva de su pertenencia genérica, porque, aunque las mujeres tengamos diferentes experiencias, resulta que al final tenemos la misma historia que contar, de hecho, afirma lo siguiente: Yo pienso que cada uno de nosotros, cuando escribe, escribe desde algún lugar; nadie escribe desde la neutralidad. Unos escriben, por ejemplo, desde la aventura, desde lo policial, desde lo íntimo, desde lo psicológico, en fin... Yo no tengo ningún problema en ser la única mujer en América Latina – porque todas mis demás compañeras no están de acuerdo– que escribe desde este espacio que significa ser mujer. Ese es mi lugar y quiero dejarlo claro (Mafla-Bustamante, 2000, p. 165).

Marcela Serrano invita a las mujeres a un despertar de conciencia colectivo, asumir una identidad propia para poder abolir el relego, la subordinación y la misoginia, como lo hace notar Gloria Gálvez Carlisle: Marcela Serrano, al replantear el problema de la condición femenina se convierte en vox- populi de la continua lucha por promover modificaciones en beneficio de una sociedad más receptora y equitativa respecto a la igualdad de derechos de la mujer. Sugiere la necesidad implícita de cambio (Gálvez-Carlisle, 1999, p. 570).

En *Antigua vida mía*, Serrano incita al cambio mediante una exploración crítica de la realidad chilena. Llama a la sororidad como vehículo para consolidar la democracia, concediendo al colectivo femenino sus plenos derechos civiles y sociales.

Referencias Bibliográficas

- Calderón, T. (1994). La literatura chilena en los últimos veinte años. *Revista de Humanidades*, 2, pp. 103-113. <https://core.ac.uk/download/pdf/288910365.pdf>
- Doll-Castillo, D. (2014). Escritoras chilenas de la primera mitad del siglo XX: trayectoria en el campo literario y cultural como criterios para una periodización de su producción. *Taller de Letras*, (54), pp. 23-38. <https://doi.org/10.7764/tl5423-38>
- Galindo, R. M. (1999). Modernidad y Liberación Femenina en “Antigua Vida Mía” de Marcelo Serrano. *Chasqui*, 28(1), pp. 32-41. <https://doi.org/10.2307/29741483>
- Gallotti, A. (2006). *Para ti, mujer especial*. Malsinet Editor.
- Gálvez-Carliste, G. (1999). Marcela Serrano (1951). En Rubio, P. (Ed.), *Escritoras chilenas: novela y cuento* (pp. 553-579). Cuarto propio.
- García-Corales, G. (1997). Nostalgia versus modernidad: Entrevista a Marcela Serrano. *Confluencia*, 13(1), pp. 228-234. <http://www.jstor.org/stable/27922591>
- Golubov, N. (2017). *La crítica literaria feminista: Una introducción práctica*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gómez-Redondo, F. (2008). *Manual de crítica literaria contemporánea*. Castalia Ediciones.
- Guardia, S. B. (1997). Marcela Serrano. Las mujeres y el desamor. En Guardia, S. B., *Voces y cantos de las mujeres* (pp. 82-88). CEMHAL.
- Kirkwood, J. (1981). *Chile: La mujer en la formulación política*. FLASCO. <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/628/w3-article-207310.html>
- Mafla-Bustamante, C. (2000). Palabra del escritor: fin del milenio en la mitad del mundo. *Mester*, 29(1), pp. 151-165. DOI: <https://doi.org/10.5070/M3291014542>

Moi, T. (2017). *Teoría literaria feminista*. Titivillus.

Pacheco-Acuña, G (2005). Conceptos teóricos de Elaine Showalter en el texto cuentos de *mi tía Panchita* de Carmen Lyra. *Revista Káñina. Artes y letras*, XXIX(1-2), pp. 257-269. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=44248776002>

Sagredo-Baeza, R. (2014). *Historia mínima de Chile*. Colegio de México.

Salazar, G. & Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile: hombría y feminidad*. Lom.

Serrano, M. (2005). *Antigua vida mía*. Planeta.

Showalter, E. (1981). La crítica feminista en el desierto. En Araújo, N. & Delgado, T. (Coords.), *Textos de teorías y crítica literarias (del formalismo a los estudios postcoloniales)* (pp. 381-404). Anthropos.

Torres-Cautivo, X. (1995). Marcela Serrano: Le tengo miedo al éxito. *Paula*, (707), pp. 60-63. <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:207310>

Valdés, T. (1987). Las mujeres y la dictadura militar en Chile. *FLACSO*. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-67287.html>

Valenzuela, M. E. (1993). Las mujeres en la transición democrática. En Drake, P. W. & Jaksic, I. (Eds.), *El difícil camino hacia la democracia en Chile 1982-1990*, (pp. 307-350). FLASCO.